

—Puesto que eres tan buen muchacho, quiero que te diviertas. Monta.

El segundo príncipe, conmovido por ese rasgo de abnegación, rueda, más bien que se baja de su cabalgadura, y prorrumpe, dirigiéndose á la otra imagen sublime de la miseria:

—Mi hermano tiene razón. Sube tú aquí.

Los pobres diablos se quedan confundidos ante aquella no soñada magnanimidad; pero sus protectores, decididos á todo, los improvisan caballeros, reservándose para sí el papel de pajes.

Epílogo. Desde aquel día, siempre que los niños ricos encontraban á los pobres, los llamaban para cederles un ratito sus jacas ó llevarlos á la grupa, y á veces mandaban á buscarlos á sus criados á fin de tenerlos por compañeros de sus juegos.

Tal es, supongo, el primer libro que se da á conocer á los alumnos. Ahora diga el maestro de lectura qué piensa hacer para poner su alma en la de este relato, según lo convenido al principio; para dar vida, v. gr., en el tono y en las inflexiones de su voz, al diálogo de los personajes; para hacer resaltar con acentos joviales sus donaires y ocurrencias, ó para acentuar con valentía sus rasgos de intrepidez, ó para prestar calor y animación á los episodios dramáticos, ó para caminar con pausa y sigilo por los pasajes misteriosos; para dar, en fin, ejemplo á sus discípulos de cómo se interpretan los diversos afectos ó intenciones que retratan á los personajes de un drama (aun cuando sea en compendio) y forman los resortes de la acción.

¿Se da de barato que todo eso sobra, porque de lo que se trataba era de edificar á los niños? Lástima entonces que no pudiesen oír despiertos la narración, para que se penetraran bien de toda su virtud edificante.

Por supuesto, yo no creo que de lo que se trataba era de edificar, sino de leer. Y aquí entran mis dudas: ¿cómo se consigue lo último, si el maestro no puede leer y si los discípulos no aciertan á oír? (se concederá que, dormidos, no es fácil, y que cabe dormir y soñar con los ojos abiertos.) Y si no oyen, ¿cómo van á imitar á su modelo en lo sucesivo? Y aunque tuviesen el singular capricho de oír, ¿qué iban á imitar?

Y sobre esto no añadiré más que una cosa, porque si no, me

apartaría de mi tema, á saber: que la clase de lectura no es una clase de moral, sino de idioma; que lo que en ella se ventila no son casos de conciencia, sino casos de interpretación de la lengua escrita. ¿Resulta de la interpretación que el pasaje leído un día era un cuadro de heroísmo moral? [ya se ve que me elevo, y que no hago alusión ahora al cuento de las jacas]; pues importa tanto para el fin del ejercicio, como si se tratase de las bellaquerías del más redomado pilluelo; y ambas cosas, lo mismo que una expedición al polo Norte, y el viaje al polo, tanto como una jira campestre. ¿Se ocupa nadie de eso en aquel instante? Evidentemente no; ó de lo contrario, sobran las clases de moral y de geografía. Lo que interesa es que el libro encierre cosas capaces de hacer mella en el alma de un niño, y que él se complazca en verlas, no más que en verlas, al través de su expresión escrita, para que se aficione á este trabajo, que es la esencia de la lectura. ¿Qué hace falta al efecto? ¿Que esas cosas sean de un orden determinado, del moral ú otro cualquiera? De ningún modo; lo que hay que mirar no es el terreno de donde proceden los ejemplares que se exponen al público infantil, sino la calidad de los ejemplares y la manera de presentarlos. ¿Ofrecemos muestras deplorables de un terreno excelente? Entónces hemos cometido una torpeza y lo hemos perdido todo, porque no hemos atraído al público y hemos perjudicado la fama del terreno. Hé ahí el mal de cualquier libro concebido con tan sana intención, pero escrito tan empecetadamente como el que yo he supuesto: una obra así es un error, una equivocación, aunque pueda ser error sublime; no hay inconveniente en considerarla como la obra de un santo, pero sí en utilizarla como la obra de un pedagogo.

Si alguno sospecha que exagero los defectos de los malos libros de lectura, no hace bien y se equivoca. Yo he procurado dar una idea del diapasón normal á que se ajustan los mejores entre los malos, que es un diapasón bastante anormal, como se ha visto. A poner las cosas en lo peor, hubiese tenido que citar ejemplos tan extraordinarios, que habría sido imposible toda crítica seria. Por eso no lo he hecho, y además porque me parecía inútil. ¿Hay que dar la voz de alarma contra calamidades que se anuncian de suyo ruidosamente? Pero lecturas como el cuento de los niños ri-

cos y pobres pueden engañar por su inocencia y buena intención, porque cabe decirse, al hojear un libro así: "Suponiendo que no haga ningún bien, ¿qué mal hay en que lo lean los niños?" Mal ninguno, salvo el ya supuesto de que no haga ningún bien—que, á no dudar, es una cosa sensible—y salvo que el lenguaje no sea un modelo del habla familiar—lo cual sería también no menos lamentable.—Lo único que yo digo es, que si es un libro de tal género el que se da á conocer el primer día, ese no lo compran voluntariamente los alumnos, como no sea por las estampas; y si se les manda adquirirlo, no pondrán gran empeño en hojearlo, no se ejercitarán por su cuenta en leerlo, y no se aficionarán á leer. Lo harán en clase, cuando se les ordene, y harán lo preciso para salir del paso; pero eso, sobre ser una obra con que nada tiene que ver la pedagogía, sería una mala obra en toda la fuerza de la expresión familiar. Y no lo digo sólo por el hastío que produjese en clase á los alumnos, aunque ese síntoma, si vale lo expuesto, justificaría de sobra que todas las escuelas cerrasen sus puertas herméticamente á los libros malos ó inútiles, con aplauso de cuantos se interesan seriamente por la educación; lo digo porque no leyendo con gusto los muchachos, ardua empresa es conseguir que dominen ni aun el mecanismo de la lectura los que no hacen otra cosa, á menos de eternizarse en la escuela; y ya es sabido que no llega á tanto el período escolar según las leyes, y que le falta algo más según las costumbres.

¿Se cree arbitraria la duda? Pues respondan esos aldeanillos pobres, que apenas tienen estímulos ni elementos para aficionarse á la lectura como no sea dentro de la escuela, al revés de los niños de las ciudades, que pueden adquirir tal afición de mil modos y por mil conductos. ¿Cabe asegurar que la práctica de la clase, si es forzada, sirve para leer corrientemente á los que asisten durante un corto período?

No hay que extremar tanto las cosas. Sin ser pobres y sin vivir en aldeas, bastantes escolares ha habido que, en semejantes condiciones, no llegaron á dominar el mecanismo de la lectura. ¿Por qué? ¿Por la brevedad del tiempo que consagraran al ejercicio? Por eso, exclusivamente, no; porque, en tales circunstancias, lo mismo puede ocurrir en un plazo indefinido. Lo que hay es que,

como aprendió el buen Sancho, si una persona se empeña en no dormir en la cárcel ó no tiene sueño, aunque pase en ella toda la noche, no duerme. Los niños han dado muchos testimonios de esta esterilidad de las imposiciones para triunfar de una voluntad rebacia, aunque débil; y la antigua clase de lectura es buen ejemplo. Esa clase ha tenido una ampliación, mala es verdad, pero ampliación al fin, como es la práctica que supone el aprender lecciones de memoria; y con esa adición, que cuando menos dobla el tiempo consagrado al ejercicio de lectura mecánica, muchos alumnos han pasado en la escuela uno, dos ó más años sin aprender á leer. No hay que hacerse cruces, puesto que es evidente que no emplearon en semejante ocupación las horas hábiles para ella de dos ni de tres años. ¿En qué las invirtieron? Naturalmente en lo que pensaran mientras se leía en clase ó mientras hacían que estudiaban en su casa las lecciones.

Si se quiere evitar esto, si ante todo hacen falta garantías de la atención del alumno al ejercicio de lectura, repárese que la primera es que el libro lo atraiga lo suficiente para que su imaginación no ande vagando entre tanto por otra parte en busca de alimento más sabroso; es decir, que sea un libro de lectura puramente recreativa, sin pretensiones didácticas, extemporáneas para el fin de esta clase y notoriamente perjudiciales para su éxito.

Por eso he sobrentendido que la primera obra que han de leer los alumnos es una colección de cuentos, ya que esa es la literatura amena más propia de la niñez; pero de cuentos no menos entretenidos que los que han regocijado la infancia de nuestros mayores y la de todas las razas civilizadas; de cuentos á la manera de los tradicionales, porque no es tan fácil como podría parecer, sustituir, para niños, esas antiguas creaciones de la imaginación infantil de los pueblos. Son, como afirma el reputado pedagogo y publicista portugués Sr. F. Adolfo Coelho, manifestaciones espontáneas del arte, desenvueltas por generaciones sucesivas y comunes á las razas más diversas. "No se conoce un pueblo que no los posea en mayor ó menor número; y por todas partes se cuentan tan en términos semejantes, muy á menudo casi idénticos. En "antiguísimos papiros de Egipto descifró la ciencia algunos de

“ellos. Los conoció la antigüedad griega y romana... Hay, pues, “en los cuentos populares un interés general humano que ni el “espacio ni el tiempo debilitan: porque tales cuentos son, por decirlo así, la propiedad (no exclusiva) de los niños, guardada por las madres y los abuelos. Cuando la infancia, añade el mismo escritor, sigue con avidez esos relatos, “da un paso de gigante en “el círculo de los intereses que elevan á la humanidad—los intereses ideales”;—cuando el hombre adulto los sigue mirando con simpatía, “es que los intereses ideales no se adormecieron aún en “su espíritu; cuando se ríe de tales producciones y las condena, es “que los intereses materiales lo absorbieron por completo, y recayó “yó en la animalidad de que los mitos, los cuentos, la poesía y el “arte primitivo sacaron á la especie humana” (1).

Copio estas líneas debidas á una autoridad tan competente, para explicar por qué creo que no pueden olvidarse esos cuentos anónimos, al escoger las primeras lecturas de la infancia, á pesar de las críticas de que han sido blanco. Hoy se necesitan dotes especialísimas para concebir algo nuevo, tan apropiado al modo de ser y á las necesidades de una imaginación infantil como esas primicias de la idealidad de los pueblos; por lo mismo, las producciones contemporáneas que se apartan del tipo tradicional, rara vez son felices, y reducirse á ellas sería dificultar en extremo la elección. Más cuerdo es explotar esa herencia que ha legado la infancia de la civilización para la civilización de nuestra infancia, formando colecciones de los cuentos tradicionales predilectos de los niños, como ya viene haciéndose, retocando los que sea menester para adaptarlos por completo á la índole y grado de cultura de sus lectores, y desenvolviendo en otra forma los que se presten á desarrollos de interés. Lo último equivaldría á realizar en una esfera modesta lo que en otra superior ha cumplido uno de los genios más grandes y espontáneos de la humanidad: Shakespeare; y, sin embargo, tengo para mí que los Shakespeare de la infancia podrían dar cima á su obra con bastante menos

(1) *Los elementos tradicionales de la educación.* Puede leerse una versión española de este interesante estudio en el *Boletín de la institución libre de Enseñanza*, t. VIII, pág. 89.

que el de los hombres; aunque con algo más que una buena intención.

Por tal camino cabría hacer libros de lectura que sirviesen de pauta á las creaciones originales de escritores futuros, mientras que sin este previo consorcio de las inspiraciones del pasado con las aspiraciones del presente, la empresa me parece difícil, y únicamente reservada á autores que fuesen á la vez poetas, psicólogos de la infancia y pedagogos prácticos; lo cual tiene el inconveniente de que la reunión de esa trinidad de personas en una sola se hace esperar demasiado, y las necesidades de la educación no admiten espera.

En el ínterin, si yo tuviese que dirigir una clase de lectura, elegiría media docena de cuentos sueltos, entre los más interesantes del tipo ya indicado. En punto á forma, me contentaría con que el lenguaje fuese lo más claro posible para niños, porque, aunque haría falta algo más, buscar lecturas infantiles con todas las condiciones apetecidas por un pedagogo sería expuesto á no satisfacerse con ninguna, y sin razón, porque el ideal en esto, como en todo, suele andar bastante lejos. Tal sería el primer género de lectura.

Tipo de la segunda: el *Robinson*, es decir, la novela de la infancia, aunque si fuese esta misma la preferida (y militan muchas razones en su abono), haría con ella lo que hacen ciertos directores de escena con los *parlamentos* largos de las obras, cuando el actor que ha de decirlos no ofrece seguridades y puede naufragar en el empeño, á saber: *cortarlos*. Yo encontraría también algo de sobra en el *Robinson* para las fuerzas de mis lectores, y se adivina el qué después de todo lo dicho: las reflexiones morales, que reduciría á proporciones microscópicas, si no hacía de muchas tabla raza, que sería lo más probable, y sin ningún género de duda lo más previsor.

Tercera lectura: el *Quijote de los niños*, que con los progresos que deben haber realizado en toda su educación los alumnos que lleguen á esta tercera etapa, es obra que gustan mucho, y obligada por mil razones en la enseñanza nacional.

Libros así con uno en verso—bien una colección de fábulas, bien unas cuantas leyendas—serían los materiales á propósito

para los fines inmediatos de la clase de lectura, y los únicos, por consiguiente, de que debe hacerse mención en este capítulo, á reserva de añadir algunas indicaciones, en el último, sobre todo lo que puede leerse, con diverso objeto, durante el período escolar.

Cito tipos de obras, y no obras determinadas—salvo en el último grado—porque lo segundo corresponde naturalmente á la elección de cada cual, mientras que en lo primero cabe y conviene establecer un acuerdo común, porque se trata de las bases de la elección. Pero más necesario es todavía el acuerdo en el principio fundamental á que se subordina todo lo dicho, en la necesidad de que los libros, elijan como se quiera, sean inteligibles ó interesantes para que despierten y fomenten en los niños el amor á la lectura; que, como se ha repetido, si al salir de la escuela llevan consigo ese amor, no se habría perdido todo, aun cuando no hubiesen aprovechado en sus estudios; y bien puede añadirse que, si no lo sacaran, todo se habría perdido, porque ¿quién garantiza la cultura de una persona que no lee?

## XI.

### EL EJERCICIO DE LECTURA.—TRANSICIÓN AL ANÁLISIS LÓGICO.

El día en que los niños reciben el primer libro de lectura empieza el último de los pasos capitales en la enseñanza del idioma.

Por el pronto, esta enseñanza camina ya en vista de todos los resultados prácticos á que debe conducir, porque, al desenvolverse los ejercicios de lectura, se desenvuelven paralelamente con ellos los de escritura; y unos y otros, unidos á los de conversación, ampliarán la experiencia que los alumnos necesitan para adiestrarse en el comercio intelectual mediante la palabra.

Digo que se desenvolverán los ejercicios de escritura al par que los de lectura, porque, leyendo, aprende el niño el uso que hacen los demás de la lengua escrita, como, oyendo, se apropia el que hacen de la hablada. El libro es, en este aprendizaje, el ejemplo exigido en todos, y ha de servir ahora para lo mismo que la palabra viva en la enseñanza del idioma oral.

Por otra parte, los alumnos no podrán dar cima al trabajo de interpretación, que constituye la esencia de la lectura (cap. IX), sin someter á veces los pasajes leídos á un análisis más atento que el que les ha bastado hasta el presente para escribir sus propias expresiones, después de oír acentuar al maestro todo lo que debían figurar en el papel. Ahora, ese desarrollo del análisis que será un nuevo progreso en el conocimiento del idioma, redundará